



—PERO, HOMBRE, POR DIOS, ¿QUÉ TE PASA, QUE VIENES TIRITANDO?

—ME ACABAN DE DAR UNA NOTICIA QUE ME HA DEJADO HELADO. TU MADRE PIENSA VENIR Á PASAR LAS PASCUAS CON NOSOTROS.

Paganos UNA PESETA por cada línea, contar á solagrama que se nos remite y publíquese. A cada uno se condicionarán proporcionalmente un sueldo.

CHIRICOTAS

Cupón para nombres y señas

Se desea cobrar á uno

Para cobrar originales, de cinco á siete de la tarde.—El pago caduca á los tres meses.

VIDA Y AVENTURAS DE ROBINSON CRUSOE

Terminada la publicación de esta novela en nuestro número anterior, recomendamos á los coleccionistas que piensen encuadernarla aparte, y á los cuales les falte algún pliego, se avisan comprar cuanto antes los números á que correspondan, puesto que todavía seguimos vendiendo sin aumento de precio los números atrasados.

En los pedidos indiquense con claridad las páginas y el tomo ó el número del periódico á que correspondan.

4.573.—En el Juzgado de guardia interrogan á un caballero que detienen por sospechoso.

El comisario le pregunta:

—¿Cómo se llama usted?

—Lorenzo Rojas.

—¿De qué vive usted?

—Del sable.

—¿Del sable dice usted?

—Sí, señor, porque soy profesor de esgrima francesa.—*Jesús Diago.*

4.574.—Se encontraron dos desconocidos en la Plaza de Toros, y el uno le preguntó al otro:

—Oiga usted, joven, ¿sabe si todavía quedará sol en la taquilla?

—No, señor.

—¿Y eso, por qué?

—Porque está nublado.—*Manuel Pérez.*

4.575.—La señora entra de improviso en el comedor y sorprende al criado bebiéndose el vino por la misma botella.

—¿Qué hace usted, atrevido?

—Señora, es que estoy viendo de sacar un perdigón que hay en el fondo.—*Manuel Ortega.*

4.576.—¿Qué ha sido de nuestro amigo López?

—Ha muerto á consecuencia de una operación...

—¿Ah, esos cirujanos!...

—A consecuencia de una operación de Bolsa.—*Francisco López.*

4.577.—Dos individuos presencian el paso de un entierro. Después de un rato de silencio uno de ellos dice al otro:

—El pobre señor se hallaba en-

ferno desde hace muchísimo tiempo. Ayer llamaron á mi hermano para visitarle, y á las veinticuatro horas... murió.

—Oye, ¿podría tu hermano visitar mañana á mi suegra?—*E. del Brío.*

4.578.—Pero, ¿no me dijo usted, doctor, que procurase evitar toda emoción fuerte?

—En efecto; para la enfermedad de usted nada más arriesgado.

—Pues, ¿cómo se le ocurrió á usted mandarme esta mañana la cuenta?—*Zoilo Rodríguez.*

4.579.—Dos granujas comparecen á juicio de faltas por hurto.

—¿Dónde vives tú?—pregunta el juez á uno de los dos.

—En ninguna parte.

—¿Y tú?—dirigiéndose al otro.

—¡Yo! En el cuarto de encima del de este caballero.—*Caramelo.*

4.580.—En la mesa se conocen los buenos amigos—decla un gastrónomo sentimental.

—Los que se conocen en la mesa le contestó un filósofo—son los buenos cocineros, porque los amigos, sobre todo los buenos, no se conocen en parte alguna.—*Nicolás Fernández.*

4.581.—Unos paletos vienen á Madrid á pasar las fiestas de San Isidro, y de paso á comprar un libro de solfeo en casa de Dotesio para una hija suya. Con este objeto se dirigen á la calle de Preciados, parándose ante el escaparate de dicha casa, en el cual hay un anuncio que dice: «Solfeo, á 1,75 con acompañamiento, y sin él, á 2 pesetas».

—Bueno, anda Antónico, entra, que aquí te espero.

—¿Qué, Cildonio, entra tú conmigo, porque dice ahí en el anuncio del escaparate que con acompañante á 1,75 y sin él á 2 pesetas, conque, mañana, entra conmigo, porque así me lo darán más barato.—*E. Ll. Muñoz.*

4.582.—Un picador que tiene mucho *canguelo* hace que le corran el toro de un lado á otro antes de entrar en suerte.

Cada vez que se acercaba al animal, decía á uno de los chulos:

—Llévalo allí.

Volvió otra vez á acercarse y repetía la misma frase:

—Llévalo allí.

Cansado el chulo de correr á toro, dijo al fin, lleno de indignación:

—Pero, ¿adónde quiera usted que se lo lleve?

—¡A la calle, hombre, á la calle!

—*Lorenzo García.*

4.583.—Unos segadores gallegos, yendo en cuadrilla y armados de sus correspondientes hoces, y aun algunos con escopetas, se dejaron robar por dos ó tres malhechores, diciendo luego, por disculparse:

—Ya se ve, ¡como íbamos solus!—*Luís Fernández.*

4.584.—En una pastelería:

—¿Cuánto valen estos bizcochos?

—Doy seis por cinco perros grandes.

—¡Ah! ¿Seis por cinco perros? Entonces dará usted cinco por cuatro, cuatro por tres, tres por dos, dos por uno y uno de balde. Así, pues, deme uno.—*José Prieto.*

4.585.—Una señora muy pesada en sus visitas, después de estar en una casa tres horas, preguntaba á un niño, hijo de la persona visitada:

—¿A qué hora comes, querido?

—En cuanto usted se marche—contestó el niño.—*Tomás Hernani.*

4.586.—A la sazón que se construía uno de los ferrocarriles de Andalucía, se presentó un alcalde al gobernador de la provincia con la pretensión de que la línea pasara por su pueblo.

—Diga usted á los señores concejales y demás vecinos—contestó el gobernador—que pronto les pondré un ramal.—*Isaac Nieto.*

4.587.—Farruca, primo es que siempre te compras tan grandes los zapatos!

—¡Toma! Lu mismo cuestan chicos que grandes, y en éstos siempre entra más cantidad de material.—*Jorge González.*

Próximamente

introduciremos notables reformas.

En otro número daremos más detalles; baste saber por hoy que aumentaremos el número de páginas, que se imprimirán en excelente papel y que publicaremos hermosos fotograbados en tricolor.



Oficinas: Silva, 41, 43 y 45. 408 Apartado postal núm. 359.

Precio de suscripción: 1,25 pesetas trimestre (13 números); 5 pta. año (52 números).

Extranjero, 8 francos año.

Anuncios: Pídanse tarifas,

No se devuelven los originales.

AÑO IV

MADRID.—Sábado 14 de Diciembre de 1907.

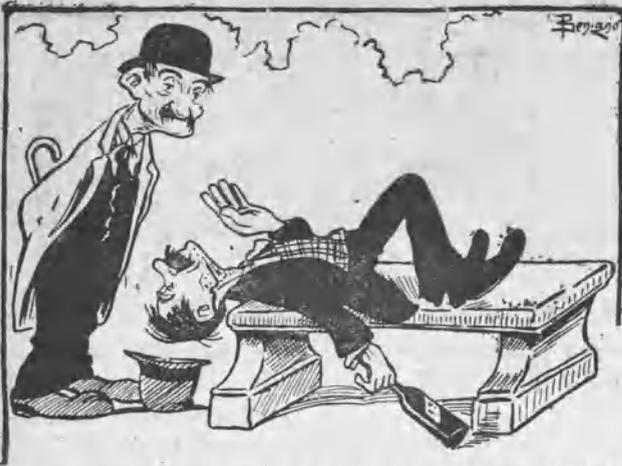
NUM. 158



RECIBIMIENTO AL CASERO

¡POR UN DIJE!

Historieta muda.



—Pero, hombre, ¡vaya una posturita que has ido á elegir!
 —Lo hago por precaución; no quiero que se me suba el vino á la cabeza.



—Respetable público: Un servidor es un gran transformista y escamoteador; deme un señor del público un duro, y lo verá en seguida convertido en aguardiente.



—¿Quiere usted un cigarro?
 —No, gracias; acabo de encender éste.
 —No importa; tirele usted, que yo he puesto ahora estanco.



1



2



3





—Juana, ¿sabes de algún parroquiano?
 —Sí, hombre; hoy precisamente he dado uno por falta de pago.



—No, pues lo que es la comida que había pagado para el convidado, ya que no ha venido, no la pierdo, porque me la comeré yo.



—¿Qué haces todavía por aquí?
 —Consultando mi nariz en el barómetro, y veo que caben aún en mi cuerpo una docena de cupos.



—¡Teresita, por Dios, deme una esperanza!
 —¡Qué más Esperanza que su mujer!



—¿Por qué no llegar á ministro? De mi madera, y hasta más pesados, han llegado hasta presidir Consejos de Administración de ferrocarriles.



—Pues sí, señor guardia, yo ahora estudio para jefe, como usted; pero para llegar á su número costará mucho trabajo, ¿verdad?
 —¡Qué! No, señor; por ese pasillo, á mano derecha.



-Eh, rapaz, ¿llevas licencia de uso de armas?
-¡Ay, ay! ¡Chacha, coco!



-¿Cómo quiere usted que le sirva?
-Sin hablar una palabra.



-Haces muy mal en dar la mano á ese punto.
-Ya lo sé; pero entretanto que se la tengo cogida no me la mete en el bolsillo.



-Pues, ¿qué es lo que vende usted aquí?
-Aquí vendemos cabezas de burro.
-Pues debe usted vender muchas, porque no veo más que la suya en toda la tienda.

Concurso de chistes de embusteros

Premios: 1.º, **CIEN** pesetas; 2.º, **CINCUENTA** pesetas; 3.º, **VEINTICINCO** pesetas. Infinidad de **CINCO** pesetas. (El día 10 del pasado mes ha quedado cerrado este concurso.)

202.—Ponderando uno las excelencias de cierta pomada para hacer crecer el pelo, decía:

—Es tal su virtud, que hay que usarla con guantes para que no nazca el pelo en la punta de los dedos.

A lo que uno que lo oía, replicó:

—Pues yo usé otra pomada de tal virtud, que hasta me brotó un mechón de pelo... ¡en la badana del sombrero!—*Jaime Sánchez y Sánchez.*

203.—Decía un andaluz á unos amigos:

—Estando yo de criado en un molino, sucedió que, sintiendo mi amo un gran dolor de muelas, se llamó á un dentista para que se la sacara; pero este último, que, por cierto, era bastante miope, y no llevaba lentes, por haberlos perdido en el camino, en lugar de sacar la muela del molinero, sacó de cuajo la del molino, que estaba al lado.

—Hombre, y ¿cómo con un aparato de sacar muelas naturales pudo agarrar la muela del molino?—le interpelló uno de los oyentes, por tomarle el pelo.

—¡Cuidado que eres ignorante!—exclamó el narrador, sin desconcertarse—. Si hubieras estudiado Física, sabrías que los cuerpos se dilatan con el calor, y, por tanto, como era verano y hacía muchísimo calor, se dilató el instrumento.—*Arturo Navarro.*

204.—Un dependiente de una casa de comercio dijo, delante de varios negociantes amigos suyos:

—Nuestra casa hace negocios por valor de más de cien millones al año; sólo el gasto de plumas asciende á 10.000 francos anuales.

Admirábanse los unos, mientras que los otros se reían de tan estúpida mentira, cuando he aquí que otro que se hallaba entre ellos añadió muy formal:

—Y ¿se admiran ustedes de eso? Pues han de saber que en nuestra casa suelo yo hacer una economía en tinta que no baja de 20.000 francos al año.

—Y ¿cómo diantre hace usted tan fuerte economía—preguntóle uno de los circunstantes.

—De un modo muy sencillo—respondió—; yo soy quien escribo la correspondencia; suprimo los puntos sobre las íes, y me resultan, justitos, 20.000 francos anuales de esta economía.—*Luis Catalá.*

205.—Entre andaluces:

—Para ver hombre pequeño, el que encontré yo en Sevilla, que, empujado, no pasaba del asiento de la silla.

—Pues más pequeño era que ese uno que había en mi pueblo, que por más que se empujaba nunca pasaba del suelo.

Jesús Sánchez.

206.—Entre cazadores:

—Una vez tuve yo un perro muy bueno; mira si sería bueno, que un día salí á cazar con él, y al llegar á un llano que había en un monte, vimos tantos conejos juntos, que mi perro echó á correr detrás

de ellos, y ¡cuál no sería mi sorpresa que al cabo de cinco minutos me veo venir al perro con cien conejos en lo bocal!

—Pues eso no es nada para lo que á mí me pasó. Figúrate que un día vi venir hacia mí una nube de águilas, cargué mi escopeta y de un solo tiro maté cinco mil.—*José Ricari.*

207.—Los que habitan cerca del Mar Negro—decía un individuo—tienen la ventaja de que cuando quieren escribir algo, no tienen más que coger la pluma y el papel, y se van á la orilla del mar, en donde mojan y escriben.

—Eso no es ninguna ventaja—añade otro—. En Cuba los negros de la clase baja, que no usan objetos de escritorio, no tienen más que meterse la pluma en la boca, y con la saliva escriben mejor que con tinta.

Viendo que los que escuchaban esto empiezan á guasearse, queriéndolo evitar, les dice un andaluz:

—Lo que estos señores acaban de decir es la pura verdad, mucho más si se tiene en cuenta que el Mar Negro tomó este color desde que se bañó en él un opulento negro que vivía en sus cercanías.—*Angel Palanques.*

208.—¿A que no saben ustedes—decía un andaluz á varios que le escuchaban—por qué hay tantos temblores de tierra?

—No adivinamos—responden sus oyentes.

—Pues por el estrépito que produce mi tío cuando estornuda.—*Manuel Sedó.*

209.—Un gallego y un andaluz, haciendo elogios de su pueblo respectivo, declan:

El gallego.—En mi país los campos son más fértiles que en todo el mundo. Figúrese usted que se siembra la remolacha setenta y nueve veces al año, y á las dos horas tiene de altura de trece á catorce metros, como que para regarla hace falta subir en globo.

El andaluz.—Más vale la temperatura de mi país que tóo eso. Yo tengo un cuadro que lo pintó un hijo mío, en el que aparecen los olivos de Andalucía á cincuenta legua á la reonda; pues bien, la noche que lo zaco pa que tome er treco, por mu oscura que esté, se ve cómo crecen los olivo, y al día siguiente están toos mauros, y con caá aceituna que peza trez kilo. Y eso zin regá, ni ná.

El gallego, asustado.—Pues si se regara, ¡qué sería!

El andaluz.—Pue... que se quitaría la pentura.—*Pedro de Mendía.*

210.—Entre andaluces.

Yendo un día á la feria de Sevilla, en el tren un viajero contó que había matado en su casa un cerdo que pesaba 500 kilos, á lo cual otro, viendo la exageración, le preguntó que si había estado alguna vez en Cataluña, y, contestando que sí, le dijo que si conocía las liebres catalanas, porque éstas tenían ocho patas, y cuando se cansaban de correr con cuatro, volvían á correr con las otras cuatro, y así no era posible que ningún galgo las cogiera.

—¿Qué embustero es usted!—dijo el del cerdo.
—Y usted un imprudente, pues su mentira ha sido mayor y no la he desmentido.
Los acompañantes elogiaron la ocurrencia.—*Eli-gio Martín.*

211.—Entre andaluces.

—En mi pueblo conozco yo á un hombre que con una mano pone en movimiento una rueda de un molino.

—Pues yo conozco á otro tan débil, que un día fué á tirar una piedra á un perro, y se le fué la mano detrás de la piedra.—*Miguel Fernández.*

212.—En la punta de El Diamante

baila la jota navarra
un moscón, y un saltamontes
le acompaña á la guitarra.

—Pues, entonces, ya comprendo
el por qué allá, en las Peñuelas,
se escucha todas las tardes
repique de castañuelas...

E. Dias Infante.

213.—Entre cazadores.

—No ha habido en el mundo un perro que haya corrido más, ni más deprisa, que el mío.

—Es raro, teniendo las patas tan cortas.

—Como que se le han desgastado, de tanto como ha corrido.—*Antonio L. de Tejada.*

214.—A un valiente, otro mayor.

En el *Diario de un valiente andaluz* leía un paisano suyo lo que sigue:

«13 Junio 18...—Cuando los primeros rayos del sol cayeron sobre la tierra, nuestros enemigos, párapetados en su trinchera, se disponían al desayuno. Nuestro coronel, hombre ducho en la guerra si los hay, tenía preparado el plan de antemano, y me comisionó la empresa. Consistía ésta en llevar al campo enemigo, fingiéndose pordiosero, un enorme saco lleno de avispas, y soltarlas cuando estuvieran más entretenidos los contrarios. Cargué con el saco, llegué á las avanzadas enemigas, y éstas intentaron detenerme; pero las avispas, que iban alborotadas desde su salida, alzan el vuelo, y, en su rápida ascensión, me llevan con ellas. El enemigo contempla absorto el espectáculo; yo, temiendo caer si las avispas desistían de su vuelo, me amparé en un poste de telégrafos; abrí el saco, y cayó aquel horrible avispero sobre nuestros enemigos, que, asustados de aquella nube de insectos, abandonaron más que aprisa el campo de operaciones, dejando un rico botín de guerra para los nuestros».

—¡Valiente hazaña!—dice el que leía—. Después que el enemigo huyó, y cuando no había nada que temer, estuve yo en el mismo sitio, y, sin embargo, ni he contado nada, ni ha pasado á la historia.—*Uno de acá.*

215.—Podrías teñir mil botas
con el betún de tu cara,
y tapar con tus orejas
la mismísima Giralda.

J. M. Blázquez de Pedro.

216.—Un inglés decía á un andaluz muy embustero:

—Osté no haber visto lo que yo; yo haber visto á un hombre con el cuello de avestruz.

—Pues yo ha visto todavía más. Conozco á un saltarín que se puzó en el Polo Norte, y de un zólo salto cayó en el Polo Sur de cabeza.

—Y ¿desde dónde osté haber visto eso?

—Desde una estrella

—Y ¿no se mató el saltarín?

—¡Cá, no, señor! A los cinco minutos después estábamos almorzando en un restaurant de Madrid.—*Angel Pueyo G.*

217.—¡Vaya calor...!

Uno.—Cuando estabá yo en África no nos quedaba otro remedio que ir metidos en una botella.

Otro.—¿Por qué?

Uno.—Porque de tanto calor como hacía nos convertíamos en líquido.

Otro.—Pues una cosa parecida nos sucedió en Valderrábanos, que empezamos á sudar tanto, que el sudor inundó el pueblo, y perecieron casi todos los habitantes ahogados.—*Un par de prínces.*

218.—Un andaluz refería que al pasar una diligencia por el puente de X, se había caído al río, pereciendo las catorce personas que iban dentro, sin salvarse una sola.

—¿Y los han sacado?—preguntó uno de los oyentes.

—¡Ah, eso sí!—contestó el andaluz—. Lo menos han sacado veintidós.—*Manuel Bernal Gil.*

219.—¡Poco es...!

Uno.—Conozco á un sujeto que tuvo el valor de amputarse una pierna un día que le dolía.

Otro.—¿De eso te admiras! A un amigo mío le dijo el médico que tenía el estómago sucio. Y ¿sabes lo que hizo?

Uno.—No.

Otro.—Pues tragarse una escoba y un plumero, y estar por espacio de dos días bariéndose el estómago, hasta que lo dejó más limpio que el jaspe.—*José Muñoz.*

220.—Embustería.

Decía un andaluz á un amigo suyo:

—Yo he visto en Sevilla un incendio que, después de localizao, estuvo el Guadalquivir ocho dias hirviendo.

—To eso no es ná pa lo que yo he visto, compare. Figúrese usted que, estando yo en Zaragoza, tuve necesidad de ir á Barcelona á embarcarme para América, y cuál no sería mi sorpresa cuando, al llegar á la Ciudad Condal, me encuentro un hombre que llevaba una cuba tan sumamente grande, que había agotao el mar y todavía se queó con la boca abierta.

—Y ¿adónde llevaba ese hombre tanta agua?

—Quizá la llevara á Sevilla para apagar ese incendio que usted ha visto.—*Z. N.*

221.—Decía un sevillano á un malagueño:

—Yo tengo un carnero con tanta fuerza, que verás lo que pasó con él. Un día, estando yo cuidándole, se me escapó, y para que no se volviera á escapar, le até á un carro cargao de araña, y con el carro y todo, echó á correr atravezando tierras, hasta que no le pude ver más.

—Pues eso no es nada para lo que le pasó á mi chico. Un día que cogió una mosca, la ató un hilo á la pata, y echando á volar la mosca, se llevó á mi chico más de diez metros por el aire.—*Miguel Fernández.*

222.—Lo que se ve en las Exposiciones.

—Cuando fui á la Exposición de París con mi esposa y mi suegra—decía un individuo—, vi un cristal que aumentaba tanto, que aseguro que no hay

otro igual. Vi por él á mi suegra, y me pareció un monstruo horrible, y tanto me impresionó, que estuve cuatro meses enfermo en el hospital de Inválidos de resultas de la impresión.

—Vi yo otro—dice un oyente—en la de Bruselas, que disminuía tanto, que si se ponía un elefante detrás se veía como la cabeza de un alfiler. Miré á mi suegra por él, y al ver que habla desaparecido, me marché á casa, donde di un banquete para celebrar el suceso que me costó 100.000 francos.—*Manuel Muñoz Cáceres.*

223.—Entre andaluces.

Se reunen varios andaluces en el tren con ocasión de hacer un viaje de recreo, y como no tenían en qué entretenerse, dijo uno de ellos:

—Compare, tengo yo una gallina que pone unos huevos tan sumamente gordos, que con la mitad de un cascarón puede ponerse un todo á Córdoba, y todavía sobra cascarón pa jaserle un gorro á un camarero.

—Pues yo he visto más—dijo otro—. Yo he visto en mi pueblo cazar una palca, que pa cogerla tuvieron que echar una batida lo mismo que cuando se va á casa de reses mayores, con caballo, recoba, escopetas y puñal, y, por último, la cogió un perro de presa por la oreja, después de haber matado antes á más de treinta perros. Después de muerta le quitaron la piel, la cual tuvieron que llevarla al pueblo entre 682 bueyes. Cuando ya estaba bien curá la piel, metieron en ella toita el agua que hay en el Mediterráneo en er verano, con veraneantes y bañeros.

Otro de los que iban entre ellos, al oír tales mentiras dice:

—La primera vez que fui yo á América no encontré ningún americano en el pueblo; todos estaban en el campo en busca de un elefante tan sumamente pequeño, que para poderlo cazar tuvieron que poner una red con unos agujeros tan pequeños, que no podía entrarse por uno de ellos la punta de ellos la punta de un alfiler, encontrándolo metido en un canuto de paja de cebada. Y para cerciorarse bien si era ó no era, tuvieron que ponerse anteojos de aumento.—*Benito Matute Suárez.*

224.—El año pasado fui á ver á un enfermo que estaba tan fatigado y tenía tan fuerte respiración, que á los que se acercaban á su cama el aliento se los llevaba por los aires, y no paraban hasta las afueras de la ciudad.

—Eso no es nada en comparación de lo que yo he visto. En mi pueblo había un hombre que cuando pasaba fatigado por el puerto, su respiración se llevaba á los buques anclados en él á una distancia de diez millas.—*Fausto Muñoz.*

225.—Entre un malagueño y un cordobés:

El malagueño.—Conocía yo un señor tan gordo que para comer en una mesa de seis personas se tenía que valer de un aparato. Consistía éste en unos rails como los de las vías férreas y un ferrocarril con un sólo vagón, donde le ponían la comida; ésta llegaba hasta la boca, y había veces que al comerla estaba completamente helada.

El cordobés.—Eso no es nada; conocía yo á otro que, además de todo eso que acaba usted de decir, usaba un torno para que la comida llegase caliente, y se gastaba diariamente 32 litros de alcohol; el señor tenía que usar un telescopio si quería saber los manjares que llegaban á la mesa.—*Manuel Muñoz Cáceres.*

226.—Me dijo un embustero de á folio:

—Había en mi pueblo un señor, ya viejo, que tenía tan pronunciado el abdomen, que cuando iba á buscarlo y no estaba en su casa, al preguntarle á su criada cuánto tardaría, ésta me contestaba muy seria: «Ya debe tardar poco, porque hace tres días que está entrando la barriga en casa.»—*José de Rueda.*

227.—Decía un sevillano á un malagueño:

—En mi pueblo hay un hombre tan gordo, que seguramente no se encuentra otro igual en todo el mundo. Figúrate si será gordo, que un día se dejó caer encima de una pareja de bueyas, y á los dos animalitos los dejó aplastados entre los adoquines de la calle.

—Pues eso no es nada para uno que hay en Málaga; es un hombre tan flaco, que no le hace falta tener llave para abrir la puerta de su casa, porque siempre entra por debajo de ella.—*Miguel Fernández.*

228.—Entre baturros:

—Yo he visto á cuatro paisanos nuestros transportar la Torre Nueva de Zaragoza de un lau para otro.

—Eso no es nada—replica un segundo—; yo he visto al tío Tortuoso, el de Juslibor, que por no haber llovido en el pueblo y ser seco, de un trago se llevó á su pueblo toda el agua que bajaba por el Ebro.

—Pues yo he visto todo lo que habis contau desde el infierno—dijo el último.

—Oye, mañico—le preguntaron—, ¿cómo es que te encontrabas allí?

—Pues, nada, que pasando por la canalera de mi tejau á coger un gurrion, me caí á él, y esto fué por aquellos días.—*Jesús Diago.*

229.—Una señorita decía:

—En la Habana hay tal profusión de cangrejos, que basta por la noche dejar en la cocina un plato con agua, y á la mañana siguiente se encuentra todo él lleno de estos animalitos.

—Pues en Almería—dice un andaluz—por la noche no puede usted dejar agua en ninguna parte. Una vez que dejé yo en la me-illa de noche un vaso con agua, cuando lo fui á beber, me encontré con un trasatlántico que estaba haciendo maniobras dentro de él.—*Ángel Palanques.*

230.—Encontráronse dos embusteros de marca mayor, el uno francés y el otro español.

—Oiga usted, amigo—dijo el francés, con acento español—, tenemos nosotros una Torre Eiffel en París que es la más grande del mundo.

A lo que contesta el español:

—Pues se ha equivocado usted, porque tenemos nosotros una Giralda en Sevilla, que todas las noches le tenemos que quitar cien metros de altura para dejar paso á la luna.—*José Pérez y Alcares.*

231.—Dormirse sobre laureles.

Un caballero gascón que habla estado oyendo hablar de las valerosas acciones de algunos generales de Ejército, y particularmente de un príncipe, que en dos asaltos de plaza había matado á seis contrarios por su mano, exclamó:

—¡Valiente hazaña para hacer admiraciones! Habéis de saber, caballeros, que los colchones de mi cama están rellenos, no de lana, sino con los bigotes de los enemigos que he despachado al otro mundo con mi espada.—*Victorino Gúnsito.*

EPIGRAMAS

Dibujante aprovechado
ha llegado á ser Medina;
un muchacho que ha encontrado
en el lápiz una mina.

José María Solís.

Behiendo en una taberna,
ponderaban dos gitanos
lo abundante de una lluvia
que cayera hacia un buen rato.

Uno, después de beber,
dijo, de la lluvia hablando:
—Compare, ¡zi habrá yovio,
c'hasta er vino zá mojaol!

Zacarias Juan.

—Si tú me pagas los bollos—
dijo Juan al glotón Diego—,
te convidaré yo luego
á una comida de pollos.

—Acepto.

Llenó el abdómen
de bollos Juan el taimado,
y dióle á Diego... salvado,
que es lo que los pollos comen.

José Pérez.

Fué á ver si le contrataban
un cómico muy tronado,
y, después de mil apuros,
hablóle así al empresario:

—Cuando represento un drama
siempre el público entusiasmo;
mi nombre es muy conocido...
—¿Cómo se llama usted?

—¡Pablo!
José Sanz.

Postrada Juana de hinojos,
rogaba á San Saturnino,
con lágrimas en los ojos,
que odiase su esposo el vino.

Y con tal fe lo pidió,
que el Santo estuvo indulgente,
pues el vino aborreció
y hoy sólo bebe aguardiente.

Fernando Arteta.

Teniéndose que ausentar
dijo á su esposa un banquero:
—Desde hoy queda en mi lugar
el depend'enta primero.

Y al ver partir al marido,
dijo un chusco maldiciente,
entre alegre y compungido:
—¡Ay, quién fuera el dependientel!

Ginés Adanssens.

Un hombre gordo y un flaco
se dieron un encontrón,
y al sentir un pisotón,
el flaco dijo:—¡Bellacol!

—¡Ira de Dios!—gritó el gordo—,
¡Bellacol!.. Agradezca usted
que esa frase no escuché,
porque estoy un poco sordo.

Lojanense.

CURIOSIDADES

El problema alimenticio.—En principio está ya resuelto: la síntesis de las grasas y de los aceites se realiza desde hace cuarenta años: la de los azúcares ó hidratos de carbono se ha completado en nuestros días, y la de los cuerpos azoados no está lejana.

No olvidemos, por tanto, que el problema de los alimentos es un problema químico.

El día en que la energía se obtenga económicamente no se tardará en fabricar alimentos de toda especie.

Día llegará en que cada uno lleve su porción de materia azoada, su pequeña cantidad de materia grasa, su pedacito de fécula y azúcar, su corta porción de especias aromáticas, todo fabricado económicamente y en cantidades inagotables por nuestras cocinas.

Los brutos aman la música.—«La música á las fieras domésticas», dice un refrán castellano, y un autor inglés, hombre de ciencia y filarmónico consumado, ha demostrado que los brutos de toda especie, los idiotas y los locos aman la música.

En las montañas de Escocia los fabricantes de manteca cantan alguna balada á las vacas más rudas y tercas para hacerlas dóciles y sumisas, y se asegura entre los pastores que el canto ó la música las engorda más que un pasto abundoso.

Un naturalista alemán, abundando en estas mismas teorías, ha dicho que tiene un perro que adora la música, pero que no puede soportarla cuando oye un violín. En cuanto le ve dirigir la mano á uno de estos instrumentos, sale escapado.

También se ha citado el caso de una oveja que gustaba de la música, pero á condición de que no habla de ser música clásica. En cuanto oía algo solemne se ponía á balar, y era imposible seguir tocando.

El petróleo en el Japón.—En un solo distrito de aquel Imperio funcionan 30 Compañías explotadoras de los yacimientos de petróleo que allí existen, alguna de las cuales trabaja con un capital de un millón de yens, ó sean 2 1/2 millones de francos. A 30 millones alcanza próximamente la cantidad empleada en esa industria. La actividad que este negocio ha despertado obligó á las casas de banca del Japón á crear sucursales en casi todas las poblaciones del distrito de Echigo, que es el favorecido.

Una mujer y una burra
llevé á mi casa una vez,
y salió con más talento
la burra que la mujer.

José Ramos Fernández.

Limosna das á los pobres;
pero á quien te pide amor
se cuenta que no le dices
ni «perdone usted por Dios».

J. M. S.

Anhele que corra el tiempo,
y el tiempo corre en mi daño;
cuanto más corra, más pronto
ha de ser mi desengaño.

El Trovador.

Un sí y un no, dos letras
cada cual tiene;
con dos me das la vida,
con dos la muerte.

Julian Silgado.

El querer sin ser querida
es una pena muy grande;
pero es más pena morir
sin haber querido á nadie.

Periquito.

Vivir sin fijarse en nada
es vivir como se debe.
El que todo lo investiga
ó vive mal ó se muere.

Francisco Romero.

No me fio de la risa
que suele haber en tu rostro;
los rostros risueños suelen
ser la careta del odio.

Eusebio Nárez.

Es siempre la ingratitude
como una vasija rota,
se burla de la virtud
y sus dádivas agota.

Quiterio López.

Pensando en ti y suspirando
paso las horas del día;
cuando de noche te veo,
¡qué alegre está el alma mía!

Roberto Yepes.

Por mucho que valga un hombre
no debe darse valor;
verá que vale muy poco
al compararse con Dios.

Gonzalito.

Yo no sé lo que he soñado;
mas sé que en sueños te vi
y que en sueños he llorado,
y llorando amanecí

Isabel Busón

CANTARES

Estudio fisonómico.



EL LLANTO



—¿A quién le hace falta dinero?



—Oiga usted, buen hombre, ¿hay muchas fieras por aquí?

—Le diré: ahora no, pero cuando están mi mujer y el alcalde naide pasa.



—¿Tú crees que Juan podrá dominar mi auto-móvil?

—Sí, lo creo.

—¡Mira que es de cuarenta caballos!

—¿Y eso qué? ¡Ha sido mozo de cuadra!

—Señorito, una limosnita, por Dios, que si no llevo a mi madre lo que ha dao por mi de aljuier, me d. una paliza.



—Oiga, D. Sisebuto, ¿dónde se viste usted?
 —Hombre, en mi alcoba, porque si saliera
 a hacerlo en la escalera me constiparía.



—Haga usted el favor de encerrar al gato, que ya me
 ha arañado tres ó cuatro veces.
 —Es que no la conoce.
 —Pues dígame usted que soy Carmela, la hija de la se-
 ñora Rosa.



—Juan, hace quince años que está usted á mis órdenes,
 y estoy tan contento de usted, que pienso hacerle uno de
 mis primeros empleados.
 —Muchas gracias, D. Jerónimo, pero desde que se mu-
 rió D. Paco ya era el primer empleado de la casa, en-
 trando, á la derecha.



—Pero, hombre, ¿qué parecidos son todos
 estos animales á mí en lo gruesos!



Legendo.—«Señorita con cien pesetas de dote desea le-
 galmente casarse». Un buen negocio para nuestro hijo.
El señor, distraído.—Escribe pidiendo una muestra.

LLEGAR Á TIEMPO



—¡Un momento, señor suicida! ¿Sería usted tan amable que se estuviera quieto un minuto mientras impresiono una película que pienso titular *Toribio, saca la lengua?*



—Niña, mírale bien, á ver si cae.
—Pero, mamá, ¡si es tan feo!
—Pues aun lo era más tu padre, y tuve que casarme con él.



—Doctor, he perdido por completo la memoria.
—Pues de esa manera no puedo visitarle como no me pague por adelantado.



—Yo he a'avesado la oreja y la pata de un bicho de un solo tiro.
—¡Uombre, eso me parece difícil.
—Lo más fácil del mundo, porque se estaba rascando la oreja con la pata trasera.



—Amigo, el comercio por mar á estas horas está completamente por tierra.



—¿A cuánto es el kilo?
 —A ocho reales.
 —¿No es menos?
 —Imposible.
 —Entonces póngame usted dos pesetas.



—¡Central, que no oigo!
 —¿Es usted el del siete?
 —No, hija; llevo la ropa completan ente nueva.



¶ Uno del público.—¡Vaya un tío vivo que está ese charlatán!
 Otro.—Más vivo es aquel mudo, que está apañando un reloj sin decir tanto.



—¡Si además añadiera «gratis», entraría!

CONCURSO DE DICIEMBRE (2.ª SERIE)

(SE ADMITEN SOLUCIONES HASTA EL ÚLTIMO DÍA DEL MES)

FRASE HECHA



JEROGLÍFICO

POR M. J.

P 1901 Cal $\frac{1}{TT}$
 1906

CHARADAS

POR ANTONIO FERNÁNDEZ

Si la *prima segunda* no tuviera la expresa condición de *tercia cuarta*, de fijo que mi *todo* no existiera.

POR LEONARDO ORDOÑO

Primera, planta.
Segunda, p'anta.
Todo, con lo que se toma *primera* y *segunda*.

MONOS

Semanario humorístico ilustrado.

Próximamente se pondrá
á la venta el verdadero

ALMANAQUE DE MONOS

== PARA 1908 ==

Si grande fué el éxito alcanzado por el de 1906, cuya tirada, apenas puesta á la venta, se agotó, y fué preciso hacer dos ediciones más, y por el de 1907, del que no ha quedado ni un ejemplar, seguramente el del año próximo ha de ser otro éxito editorial, puesto que seguramente llamará la atención de nuestros lectores aun mucho más.

El Almanaque de MONOS para 1908

publica trabajos inéditos, hechos expresamente para él, de

BONNAT, A. R.—BURGOS, Carmen de (*Colombine*).—CANO, Leopoldo.
CASERO, Antonio.—CANDELA, L. y A.—CANTÓ, Gonzalo.—DELGADO, Sinesio.
DOZ DE LA ROSA, José.—FACALTO, Luis.—FRANCÉS, José.—FLORES GARCIA, Francisco.
GUARDIA, Angel de la.—LINARES RIVAS, Manuel.
MIRANDA, Carlos (*Un Reporter*).—MESTRE MARTINEZ, Ramiro.
OLONA DI FRANCO, Carlos.—PALACIOS, Miguel de.—PEREZ ZÚÑIGA, Juan.
PEREZ CAPO, Felipe.—PORSET, Fernando.—PERRIN, Guillermo.—SABAU, José.
SALAZAR, Fernando.—SORIANO, Manuel.
SOLIS, José María.—TAPIA, Luis de.—UGARTE, Manuel.—XX., etc., etc.

Ilústranlo profusamente dibujos de

ALMOGUERA.—ARVERAS.—BENIGNO.—BLAS.
KARIKATO.—MARQUEZ.—MENDEZ ALVAREZ.—MICO.—PLAZA.—RAMIREZ.
ROBERT.—TUR.—VILLAR.

Además, publica cuentos, epigramas, chirigotas, cantares.

100 páginas de texto.  Elegantes cubiertas en oro.

Precio en toda España: 50 CÉNTIMOS

A nuestros suscriptores de provincias, se les remitirán francos de porte.

AVISO.—Rogamos á cuantos deseen adquirir nuestro ALMANAQUE, lo hagan á la mayor brevedad, pues quizá á los pocos días de ponerse á la venta no quede ni un solo ejemplar.

Pidase en todos los puestos de periódicos, cafés, kioscos, teatros y librerías
ó directamente á esta Administración.

LA PUBLICIDAD

AGENCIA DE ANUNCIOS

LEON, 20, MADRID.—TELEFONO 1.085

Anuncios en todos los periódicos, en vallas, en el interior de los coches de los ferrocarriles, en los tranvías, etc.

Esquelas de defunción y de aniversario.

Agencia general para los anuncios luminosos, transformables, de la Puerta del Sol. **Pedid tarifas.**

Por cinco pesetas en sellos ó libranzas de la prensa, remitimos á correo seguido 42 bellezas «Hijas de Madrid», 20 postales de la Niña, 24 postales inglesas, 21 postales Matrimonio de paseo, 20 barajas (800 cartas) infantiles modernistas. Acompañese un real para el certificado.

¡¡CAFÉ!!...

Semanario que se reparte gratis todos los domingos, debidamente autorizado por sus dueños, en el café Colonial, Comercial, Concepción, Lisboa, San Sebastián, Zaragoza, Oriental y San Millán.

Se admiten anuncios en la Administración, **calle de San Bernardo, 45, primero.**

¿Quiere usted

pasar muy divertidas las Pascuas?

Pues compre en seguida, porque va á acabarse, la colección de

NOVELAS COMPRIMIDAS

publicada por este semanario.

Es la única Biblioteca que por sólo 20 céntimos ha publicado novelas de autores de reconocida fama.

Tomos publicados:

¡Chamorro...! (novela terrorífica), por Luis Tafoada.

Estertores azules (novela opalescente), por Juan Pérez Zúñiga.

El penúltimo de los Austrias, ó la tapada de Aranjuez (parodia de la novela histórica), por Luis de Tapia.

Las lágrimas de Hortensia (parodia de la novela pasional francesa), por Luis Gabaldón.

La bella Pingueiro (parodia de la novela de costumbres), por Antonio Casero.

La isla de los bistekes (parodia de la novela de viajes), por Juan Pérez Zúñiga.

La cofradía botijil (novela dedicada á los veraneantes), por R. Mestre Martínez.

La peluca rubia, por Félix Limendoux.

La revolución del 0,75, por A. R. Bonnat.

En el fondo de la mina, por Luis de Tapia.

¡Toribio, saca la lengua!, ó la periodista, por Carlos Miranda (*Un Reporter*).

El verano de don Holofernes, por Manuel Soriano.

Los pedidos á la Administración de este periódico

SILVA, 41 AL 45

NUEVA COLECCION DE COLMOS

POR ¡VAYA CARDO!

Consta de cuatro cuadernos, al precio de 10 céntimos uno.

Pídase en todas partes ó en nuestras oficinas.

ARTÍSTICAS TAPAS

PRECIOS

Madrid, 2 pesetas. — Provincias y Portugal (certificadas), 2,25. — Extranjero, 3 francos.

De venta en la Administración de este periódico.

TÓNICO MARAVILLOSO

de Mme. Pimentel

PARA EL

CABELLO

Garantizamos que hace crecer el cabello suave y lustroso.

Este tónico es conocido como el mejor en el mundo.

Dirigir todo pedido á los únicos agentes

Williams Bridor

Novelty Company

Williams Bridge, New-York N. Y., U. S. A.

ALMANAQUE ALEGRE

El más bonito y barato de cuantos se publican.

68 páginas. 60 grabados.

Portada á todo color.

30 CÉNTIMOS

CANAS

Desaparecen sin teñir con **QUINA X**. Sin rival para limpiar la cabeza. Precio: 1,50 pesetas.

Desengaño. 1. papelería.

SORDERA

catarras, dolores, ruido de oídos, etc., se curan pronto, sin peligro, suavemente, con el remedio externo **Auditina del Dr. Dixon**. Limpia el oído, vivifica el nervio acústico; cura 80 por 100. Curaciones asombrosas. Precio, 5 pesetas; por correo, 5,50. Sr. Gayoso, Arenal, 2. Farmacias y droguerías de España, incluso en San Sebastián, Santander, Bilbao, etc. Depósitos: Martín, Tetuán, 3; Pérez Martín, Velasco y Compañía, Alcalá, 7.

